

LE HAVRE

(AKI KAURISMÄKI, 2011)

En Le Havre, la tranquila ciudad portuaria normanda que da nombre a la película, un conocido héroe kaurismäkiano, Marcel Marx, se gana la vida limpiando zapatos. Digo conocido porque los amantes del cine de Kaurismäki ya lo conocerán de su anterior *La vida de bohemia* (1992), donde aparece retratada la vida disoluta en París de un joven Marcel Marx. Ahora, retirado en Normandía, se ha casado con una mujer extranjera (otra heroína habitual de Kaurismäki, Kati Outinen) y vegeta apaciblemente cerca del mar, sin ambiciones ni preocupaciones, casi al modo franciscano en más de un sentido: bebe y pide que le fien en las tiendas con la misma alegría estoica. Esta especie de bucolismo portuario se verá amenazado por dos incidentes: la grave enfermedad repentina de su mujer y la aparición de un niño africano perseguido por las autoridades de inmigración. Ambos sucesos activarán una serie de gestos de solidaridad entre amistades, vecinos e incluso enemigos aparentes de Marcel, conmovidos ante la situación y la determinación de éste, tan aparentemente frágil, si no abúlico.

En *Le Havre* encontramos los elementos habituales del cine de Kaurismäki. Los encuadres fijos donde aparecen cuerpos quietos como estatuas y rostros hieráticos, la intensa paleta de colores azules y rojos, los juegos de luz artificial, los aparatos musicales antediluvianos, los tangos de Gardel, los antros de mala muerte y los ramos de flores en cada rincón. La composición de su cine se antoja como un puzzle que, a pesar de su cierto hermetismo, nunca cansa a quien aprecia su estilo. La estética de Kaurismäki está llena de contrastes. Transita entre el embellecimiento de lo decadente y la mirada desubicada y sórdida, fantasiosa si se prefiere, fruto de combinar elementos luminosos con espacios tristes.

En *Le Havre*, esta mezcla estética se torna maravillosa en una secuencia en la que Kaurismäki nos zambulle en una subtrama del filme. Marcel

Marx se encuentra en la barra de su bar habitual, preguntándose cómo puede conseguir el dinero para el pasaje, clandestino claro está, del joven refugiado. Entonces la propietaria le propone que convenga a Little Bob para que dé un concierto benéfico. Inmediatamente, la cámara muestra unos parroquianos con el pelo largo y tatuajes en los brazos que le aseguran a Marcel que eso será difícil: Bob no actuará hasta reconciliarse con Mimié, su esposa, con la que se han peleado por un asunto de jardinería. Acto seguido vemos a Marcel





Fotograma de la película Le Havre

en la floristería de Mimie, ya han hablado, ella accede a perdonar a “Little Bob” si éste se disculpa. Otro salto y otro bar. Ahora en la barra vemos a Little Bob, sumido en una completa oscuridad que sólo deja ver el brillo de los vasos que ha vaciado. Marcel le pregunta si estaría dispuesto a hacer el concierto benéfico y Little Bob le responde que no, hasta que no arregle las cosas con Mimie, que es

“la mánager de su alma”. Entonces vemos a Mimie entrando por la puerta. Cuando es Little Bob quien al verla, inmediatamente un foco de luz ilumina completamente la cara llena de ilusión de Little Bob, mientras en el centro del plano vemos a los amantes reconciliados, Marcel Marx se esfuma educadamente para respetar su intimidad. El plan, inverosímil, está en marcha. ●